

CARTA INFORMATIVA SOBRE UN PROLOGUILLO A
LA CIUDAD Y LOS PERROS

JOSÉ M.^a VALVERDE
Trent University, Ontario

[Este trabajo en forma epistolar, leído en el Coloquio sobre los Narradores Hispanoamericanos de Hoy, surgió con motivo de la preparación de *Asedios a Mario Vargas Llosa*, dirigidos por Luis A. Díez, para la Editorial Universitaria de Chile, que autoriza amablemente su publicación aquí.]

Querido Luis:

Para los *Asedios a Mario Vargas Llosa*, en que me invitas a tomar parte, quizá lo más académico y correcto habría sido redactar un texto crítico especial, pero, si me lo permites, preferiría enviarte esta carta abierta, poniendo por escrito la información que hace tiempo me pediste sobre mi prólogo a la primerísima edición de *La ciudad y los perros*, un texto que tuvo el único mérito —accidental acaso, como se verá, pero insustituible— de ser el primero que se publicara sobre Mario Vargas Llosa —a no ser, posiblemente, alguna crítica de prensa sobre su primer libro de relatos, *Los jefes*. Reconozco sin disimulo que lo hago, en parte, por reivindicar un trofeo personal: a siete años de distancia, y pensando en las otras dos novelas de Mario Vargas Llosa, me puedo considerar afortunado por haber antepuesto a los primeros ejemplares de su primera novela unas páginas que acababan así:

Por mi parte debo confesar que, aunque convencido en teoría de que el género novelístico está difunto, me hube de rendir en seguida a la evidencia de hallarme ante una obra excepcional. Al concedérsele —por rara unanimidad— el Premio Biblioteca Breve 1962, dije a un periodista “Es la mejor novela de lengua española desde *Don Segundo Sombra*”: y, amigo de la puntualización pedante, añadí: “que se publicó el mismo año que nací yo, 1926.” Ahora lo repito, ya en frío, diciendo también —como J. Middleton Murry cuando saludó en el *Ulysses* de Joyce una pieza maestra—: “Digámoslo claramente, para poder tener nuestra porción de desprecio o de gloria dentro de cien años.”

Pero, a la vez, la información de esta carta ha de tener como resultado que los pocos que vieron entonces ese prólogo, quiten importancia a mi propio texto, y, en especial, al hecho de que lo escribiera yo. En aquellos años, era yo miembro habitual del jurado del Premio llamado entonces Biblioteca Breve, de la editorial Seix Barral —premio que, tras el divorcio en la razón social, ha pasado a ser Premio Barral, ostentando así directamente el nombre del inspirador de esa ya gloriosa aventura editorial, el poeta Carlos Barral. Con entusiasmo unánime recibí el Jurado la novela de Mario Vargas Llosa, autor prácticamente desconocido, a pesar del premio “Leopoldo Alas,” obtenido, también en Barcelona; por su primer libro de relatos, que, sin embargo, se publicó fuera de los cauces editoriales que obtienen normalmente la atención crítica. Esta victoria, de paso, venía a resolver a mi gusto una polémica planteada anteriormente en el Jurado por mi convicción en cuanto a la supremacía —en las últimas décadas— de la literatura hispanoamericana sobre la española. (Como la mayoría de los lectores de estos *Asedios* no me conocerán, he de añadir la información personal de que soy un poeta y —¡ay!— profesor español, y que nunca he vivido en países hispanoamericanos: en aquellos años, todos los jurados del Premio Biblioteca Breve éramos españoles.) En el año anterior al triunfo de Mario Vargas Llosa, mi tesis “ultramarina” había perdido la batalla a favor de *Eloy*, del chileno Carlos Droguett, que quedó finalista, bajo la objeción de principio —hecha por algunos miembros del Jurado— de ser más corta de lo requerido por las bases del concurso. Mi venganza llegó

con Mario Vargas Llosa, a partir del cual, como es sabido, Carlos Barral y su premio se convirtieron sin reservas al “hispanoamericanismo,” arrastrando consigo críticos y editoriales, y aún atrayendo luego físicamente a algunos escritores hacia su polo de atracción en Barcelona, ciudad de la que en este momento ha podido decir algún periodista que se está convirtiendo en “la capital de la literatura hispanoamericana.”

Por supuesto, la novela de Mario Vargas Llosa no necesitaba prólogo ninguno, y menos aún de una persona con tan escasa resonancia pública como yo. No voy a anotar todas las anécdotas explicativas de la existencia de ese prólogo, porque sería caer en cotillería y en indiscreción personal y política. Lo único esencial —a efectos literarios— es que pareció inevitable que la novela llevara una suerte de “delantal,” o más bien parachoques u hoja de parra, para amortiguar la posible reacción escandalizada de ciertas personas y ciertos ambientes, en España, que podían impedir la difusión de la novela. Por aquel entonces yo era considerado todavía como bienpensante, persona de orden, catedrático de la Universidad, etcétera, y se pensó que, siendo también miembro del Jurado, podría cumplir la misión necesaria. Yo, por supuesto, estaba dispuesto a cualquier cosa con tal de que se difundiera esa novela que de tal modo me entusiasmaba, y acepté el encargo, no del todo fácil ni del todo agradable, redactando un texto de cuatro páginas, con un arranque de carácter “diplomático” y un tanto evasivo por la tangente, a través de grandes consideraciones generales sobre el bien y el mal, la sociedad, la juventud actual, la fantasía de los escritores y otros “considerandos” tranquilizadores. Hacia el final, sin embargo, decía algo más útil, que me permito reproducir:

...para resumirlo en una palabra clave: se trata de una novela “poética,” en que culmina la manera actual de entender la prosa narrativa entre los hispanoamericanos —por fortuna para ellos—. Cada palabra, cada frase, está dicha y oída como en un poema —ya va siendo hora de que se borren las fronteras entre lírica, épica en verso y épica en prosa—. En algunas ocasiones, y precisamente para velar episodios de especial crudeza, el lenguaje se musicaliza, se pone en trance hipnótico: hasta las palabrotas se convierten en elemento rítmico, se depuran en su función de sonido, de creación de

atmósfera, confusa y sugerente a la vez, en que importa más el estado de ánimo que lo que pasa. (Para el lector español, los frecuentes americanismos y peruanismos contribuyen a esa función mágica del lenguaje.)

Y acababa con el párrafo que copié antes; el único párrafo que de veras conservo como una condecoración. Mi texto, con una foto del Jurado tomando whisky, y bajo el título, un tanto despidador, "Un juicio del Dr. José M.^a Valverde," formaba la segunda mitad de un encarte de páginas amarillas evidentemente pegadizo, quizá por considerarse sólo necesario para el mercado español, y que, tras una primera página informativa sobre Mario Vargas Llosa y una noticia sobre el Premio, llevaba —¡ábrete, tierra!— la fotografía del "Patio de entrada del Colegio Militar Leoncio Prado en que tiene lugar la acción de la novela," con la estatua del prócer, mano en la espada. Cuando vi esta foto, ya en los ejemplares impresos, preví que se produciría algún disgusto con los medios autorizadores y autoritarios: de poco servía que yo hablara luego, diplomáticamente, del error de "juzgar a los personajes ficticios como personajes reales," si dos hojas antes se veía, con su mismísimo nombre y estatua, al prócer epónimo de la institución premilitar. (Disgustos aparte, sigo creyendo, como le dije al autor, que, por razones propiamente literarias, habría sido mejor un sencillo cambio de nombres para disminuir el posible aspecto de desquite personal.) La intención ocasional que había dado lugar a mi texto resultaba así fracasada, y hasta quizá mis páginas fueron contraproducentes ante las alturas. No lo supe, y preferí no preguntar: parece que, en efecto, hubo algún tropiezo —una efímera prohibición o algo semejante—. Pero, en los tiempos en que vivimos, "manos blancas no ofenden"; quiero decir, una novela es algo esencialmente inocuo, y los custodios del orden se tranquilizaron en seguida —en parte, sin duda, teniendo en cuenta también el rápido prestigio internacional del nuevo escritor, su estilo minoritario y en lo remoto del país de la acción—. *La ciudad y los perros*, pues, acabó por difundirse debidamente, y pronto dejaron de pegarse en el principio del volumen aquellas páginas, de un amarillo de prospecto publicitario, donde figuraba mi bienintencionado y demasiado plausible texto, que de ese modo quedó ignorado por la mayoría

de los que luego se ocuparían de la "literatura crítica" sobre Mario Vargas Llosa. Y yo no lamenté ese eclipse, conciente de lo ocasional de mi texto: por otra parte, había obtenido ya el mejor pago posible por mi trabajo, que fue la amistad personal de Mario Vargas Llosa, el conocimiento de su abrumadora sencillez, de su modestia, que tan esencial parte forma de su clara inteligencia.

Luego vendría la confirmación del juicio en que yo había citado el caso de Middleton Murry ante James Joyce: no hicieron falta cien años, ni siquiera cinco, para ver cumplidas y rebasadas mis expectativas sobre Mario Vargas Llosa —aunque yo no recibiera por ello "mi porción de gloria" como crítico temprano. Pero la verdad es que no las había tenido yo todas conmigo en aquel entusiasmo inicial, temiendo, en el fondo de mi alma, que Mario Vargas Llosa fuera a quedarse en autor de una primera brillantísima novela en que quemara su carga de experiencia personal. Sin el *suspense* de un asesinato, sin un sagrado rencor juvenil que sublimar en literatura, ¿podría ir más adelante ese deslumbrante novicio peruano? Todos estamos de acuerdo en que Mario Vargas Llosa ha crecido decisivamente desde esa primera novela que pudo parecer, a la vez, última y definitiva. Y, a mi juicio, también ha crecido desde la segunda a la tercera novela, confirmándose en una esfera superior a la de cualquier otro narrador actual de nuestra lengua. En *La casa verde* se evidenció que Mario Vargas Llosa es un escritor absoluto, "clásico," no limitado por su biografía personal ni aun por la conciencia moral en que comulga con la gran causa histórica de los hispanohablantes en esta hora de auroras revolucionarias, pero sí limitado por la fisonomía de su propio genio creativo, que —para mi gusto, afortunadamente— no le deja ir muy lejos por el camino de lo simbólico y lo fantástico. La natural tendencia hacia aquello para lo que uno menos sirve, por vía de compensación, es lo que me parece explicar la obsesiva atención crítica de Mario Vargas Llosa, por ejemplo, hacia Gabriel García Márquez, escritor a mi juicio de rango no tan alto como él y acaso íntimamente "quemado," al haber abandonado la solidez de aquel primer Macondo de *Cinco minutos de silencio* —luego llamado *La mala hora*—, por ese otro Macondo a lo Chagall o a lo

Hoffmann, donde los personajes levitan, o les salen alas o se transforman en animales dignos del bestiario fantástico de Borges. Aparte de eso, Mario Vargas Llosa, crítico de lucidez total y absoluta al hablar de la situación general de la novela en Hispanoamérica y en el mundo, en cambio, cuando habla en concreto de novelistas y de novelas, atiende, como es natural, a sus intereses profesionales de novelista, buscando lo que más le puede servir como estímulo, materia prima o contraste, con vistas a su futuro trabajo —ahí radica el alto y peculiar valor de sus aparentemente sorprendentes juicios sobre *Tirant lo Blanc* o *L'éducation sentimentale*. Así, aunque Mario Vargas Llosa se pasara los próximos veinte años publicando sólo crítica literaria, yo no temería ya que el novelista hubiera quedado en segundo plano: sus teorías son, en realidad, preparativos para escribir más narrativa.

Con lo dicho, no hace falta que alargue todavía esta carta comentando mi preferencia por *Conversación en la Catedral* —este título debió imprimirse con mayúsculas en la cubierta del libro, en beneficio del juego entre “la Catedral” y “La Catedral,” como taberna. En ella he vuelto a sentir toda la emoción directa, en la boca del estómago, que encontré en *La ciudad y los perros*, pero ahora a escala de un país entero —y un país para el que, siendo español, no puedo ser lector extranjero. Es un país entero, y no una escuela, y el protagonista es toda una generación estudiantil; y el escritor aplica toda la sabia riqueza de *La casa verde*, todo su poder hipnótico y obsesivo, para sumergirnos en una realidad vuelta pesadilla.

Pero no voy a intentar ahora un auténtico juicio crítico, ni sobre *Conversación...*, ni sobre el conjunto de la obra de Mario Vargas Llosa, en la que también son parte esencial sus relatos breves. En menos de siete años, sus tres novelas, con creciente calibre de tamaño y dificultad técnica, y con logro cada vez más alto, como en repetido milagro, forman un fenómeno demasiado grande para poder quedar ya rumiado críticamente y valorado en un sistema histórico de pesas y medidas. Hoy por hoy, tras las abrumadas interjecciones de asombro, yo no me sentiría capaz de intentar un análisis justo y válido. Esta carta, pues, como aquel prologuillo de 1963, sólo pretende ser un testimonio de entusiasmo

personal, sin estructura teórica ni pretensión literaria ninguna, en nuevo y mejor homenaje a Mario Vargas Llosa.

Tuyo,

José M.^a Valverde

(Peterborough, Ontario, Canadá, diciembre 1970)

NARRADORES
HISPANOAMERICANOS DE HOY

SIMPOSIO

POR
JUAN BAUTISTA AVALLE-ARCE

CHAPEL HILL
NORTH CAROLINA STUDIES IN THE
ROMANCE LANGUAGES AND LITERATURES
U.N.C. DEPARTMENT OF ROMANCE LANGUAGES

1973